

Nueva York, 9 de agosto de 1967

Querido José María:

Esta es la fecha en que hemos trocado los calores madrileños por los neoyorkinos; pero sólo para trocar a su vez éstos, dentro de pocos días, por los puertorriqueños, ya que, siempre atento el hombre a cumplir sus deberes de misericordia para con el prójimo (en este caso, enseñar al que no sabe), he aceptado ir a dar un breve cursillo y a pasar un par de semanas gozando de la brisa marina.

El objeto de estas líneas es, no tanto suministrarle esa información, como decirte que llegaron los dos espléndidos ejemplares de tus obras selectas (pero ¿no lo son, acaso, cuantas salen de tu eléctrica typewriter?), que he hojeado y leído en gran parte de nuevo, y aún hallado en ellos algunas cosas que lo eran totalmente para mí. Quedan muy bien, y desde luego el prólogo me ha gustado mucho. Aunque abuelo y niño, creo que aún no me falta por completo el discernimiento, y puedo decirte con alguna validez que esa publicación ha de tener (no para mí, por supuesto, pero sí para mucha gente) el efecto de poner de relieve tu significación intelectual afirmando lo que es obvio (pero ¿cuántos ven lo obvio, sin que se les meta por los ojos?). Te felicito muy cordialmente.

Como no sé tu actual paradero, te envío esta carta, y te enviaré algo después unas separatas que espero de cosillas mínimas, a Bryn Mawr, donde has de ir a parar más o menos pronto, y quizás enseguida ya.

En cuanto a mí, el paradero más seguro será Chicago en la segunda mitad de septiembre.

Espero que todo vaya bien para vosotros, y te envío un cordial abrazo.

Tuyo

6019, Ingleside Ave.
Chicago, 37, Ill.